

Biografía de Antonio Bascó, pintor de brocha gorda.

Jorge Brioso

Incubadora ediciones

El destino de Antonio Bascó se asemeja al de Macedonio y al de Borges. En los ochenta se le consideraba el mayor conocedor de arte en el ambiente habanero. No había tertulia o debate cultural en el que no participara. Parecía estar siempre informado de las últimas novedades aunque nunca se le vio en ningún museo o en la inauguración de una exposición ni incluso en ninguna biblioteca. Hablaba con esa autoridad y convicción de la que sólo son capaces los mejores especímenes que nacen en la Isla de Juana. Era también profundamente platónico: creía que la escritura constituía una humillación para la palabra y por eso no se le conocía ningún escrito. Se rumoraba que tenía una gran obra pictórica que nunca nadie vio y cuya mayor novedad consistía en haber sido pintada con brocha gorda. De ese mito nació el epíteto que lo hizo famoso. Su celebridad se debía en gran medida, según dicen los que lo conocieron, a su infinita capacidad de desprecio. Arte Calle le parecía un grupo de gamberros que suplían su falta de talento artístico con su estridencia y suciedad. No le merecían mejor opinión el Proyecto Hacer o los sobrevivientes de Volumen I. “Esta es una isla frustrada en lo esencial metafísico”, era la frase que no se cansaba de repetir reescribiendo la célebre cita lezamiana. “Nadie es capaz de demostrarme a través de las imágenes porque hay algo en lugar de nada”, decía a su vez, parafraseando a Leibniz

A finales de los años ochenta empezó a perder la vista paulatinamente y su presencia se hizo cada vez más esporádica en los círculos artísticos habaneros. A principio de los años 90 ya

estaba totalmente ciego y casi nunca salía de casa. A partir de ese momento quizás como agradecimiento a la importancia que su figura tuvo en las artes plásticas de la década anterior, o por simple lástima o costumbre, los artistas convirtieron su casa, localizada en el hoy célebre barrio de Buenavista(sobre este dato hay dudas y muchos piensan que se le coloca en esta vecindad para subrayar la ironía de su destino), en centro obligado de peregrinación. Todos venían a contarle lo que habían visto: las nuevas revistas de arte, las exposiciones, los chismes del mundillo artístico. Fue por esos días que empezaron a aparecer sus artículos de arte, siempre en versión manuscrita, siempre copiados por un tercero. Antonio Bascó no escribía sus textos, los dictaba. Pero Antonio Bascó nunca dictó sobre lo que ya había visto, aunque como ya mencionamos no se sabe a ciencia cierta si vio realmente alguna vez una obra de arte con sus propios ojos. Todos sus artículos versan sobre obras que nunca pudo ver, que le llegaron a través de las historias de los artistas que lo visitaban en su casa. Antonio Bascó es el único crítico de arte que dicta desde el deseo de una mirada vacía que nunca alcanza su objeto y que convierte a la grieta que separa la palabra escrita de la imagen visual, que separa al sentido y a lo sentido en el tema central de su escritura, en el verdadero problema de la historia de arte como disciplina. No se sabe en este momento si está muerto o vivo. La única prueba de su existencia, de que existió un hombre detrás del mito que contamos, es una carpeta con más de cincuenta textos (todos en versión manuscrita, todos escritos con letra diferente) que hemos recibido en la redacción de InCuBAdora. InCuBAdora publicará, a partir de hoy, una selección de sus artículos.

I

“Los pintores abstractos no pasean”

Antonio Bascó, Pintor de Brocha gorda

Empiezo con un aforismo: un pintor abstracto es un artista que no pasea, que no deambula por la ciudad en busca de una dirección, de un sentido. Este aforismo se inspira en el manifiesto que publica el artista hispano-uruguayo Joaquín Torres García en París en 1930 titulado “Querer construir”. Allí afirmaba:

“Poner orden ya sería algo, pero es poco. Lo que hay que hacer es *crear un orden*. Podemos poner orden, por ejemplo, haciendo un paisaje naturalista. Más o menos todos los pintores disponen así sus cuadros. Están ante la naturaleza como cuando salen de paseo. Pero el que crea un orden *establece un plan* - pasa de lo individual a lo universal.”

Un pintor abstracto es un artista que no pasea. Para entender la importancia de este aforismo hay que recordar que el modelo del artista moderno nace con el *flâneur* de Charles Baudelaire y con “The Man of the Crowd” de Edgar Allan Poe. En ambos se define un concepto del arte donde el desorden y el azar rigen los principios de composición. El deambular del *flâneur* por las grandes urbes modernas y su ejercicio de inventarle rostros e historias a la multitud anónima son las figuras con la que Charles Baudelaire trata de pensar el sentido en la obra moderna. Edgar Allan Poe descubre un nuevo enigma en el carácter ilegible, inclasificable, imposible de ordenar de la

multitud. Alrededor reinan la confusión y el desorden, en esto concuerda Joaquín Torres García, pero con eso no se puede construir una obra de arte. Para construir una obra de arte hay que crear un orden. Y lo primero, aclara Joaquín Torres García, es crear un plan, un modelo, un método. Esto, por supuesto, nos lleva a otro gran héroe de la modernidad, René Descartes, que proponía un método para resolver todos los misterios, para exorcizar la apariencia de azar y caos que porta la realidad. En su *Discurso del método* René Descartes afirmaba: “Las largas cadenas de razones simples y fáciles, por medio de las cuales generalmente los geómetras llegan a alcanzar las demostraciones más difíciles, me habían proporcionado la ocasión de imaginar que todas las cosas que pueden ser objeto del conocimiento de los hombres se entrelazan de igual forma y que, absteniéndose de admitir como verdadera alguna que no lo sea y guardando siempre el orden necesario para deducir unas de otras, no puede haber algunas tan alejadas de nuestro conocimiento que no podamos, finalmente, conocer ni tan ocultas que no podamos llegar a descubrir”

Si se rehúyen las pistas falsas y se mantiene el orden de los razonamientos no queda espacio para el error, ni recoveco para el misterio. Un artista abstracto es alguien que no pasea. Es un hombre que prefiere las ideas a las personas y los objetos porque sabe que mientras paseamos las cosas siempre nos enseñan su rostro pero nunca su espalda; su anverso pero nunca su reverso. El artista abstracto apuesta por una visión que trasciende nuestros actos perceptivos y puede encaramarse, cosa que negó toda la filosofía moderna a partir de Immanuel Kant, en la espalda de los objetos. Intenta mirar, a través de las formas que constituyen la sintaxis de lo real, esa parte de la realidad a la que nuestros sentidos nunca accedieron. El artista que pasea o el filósofo que camina mientras piensa son sustituidos por el artista-cartógrafo que entiende que para

comprender realmente un espacio hay que trazar un plano, crear un mapa, inventarle un orden abstracto a nuestros recorridos.

El artista que pasea y el filósofo que piensa mientras camina afirmaban que la realidad del mundo es solamente correlacional, que antes del paseo y el caminar-previo a la aparición de algún sujeto-no existe el mundo. Que la realidad y el sujeto son totalmente contemporáneos y que es imposible imaginar el uno sin el otro. La pregunta que esta visión de la realidad no puede responder es la siguiente: ¿cómo sería la realidad ante que nosotros existiéramos, cómo es la realidad cuando nosotros no la vemos, cómo será cuando ya no estemos? Para imaginar esto se requiere un ejercicio de abstracción radical. Una abstracción tal que pueda imaginar una realidad sin sujeto. Una realidad sin que sea percibida por nadie. Un mundo, como soñaba Paul Klee, en el que pasearan las líneas y no las personas. Pensar ese absoluto afuera que es el mundo antes o después de que nosotros lo percibimos. A esta forma de acercarse a lo real lo descartó la tradición filosófica y le puso el mote de realismo ingenuo. Fuera de las coordenadas que la percepción, el espacio y el tiempo de nuestra conciencia le impone al mundo, afirmaba Kant y detrás de él todos los filósofos modernos, la realidad resulta impensable. El acontecer, el aparecer de las cosas ante nuestra conciencia, y su ser coinciden plenamente¹. El abstraccionismo nos propone la paradoja, y solo las paradojas son dignas de pensarse, de un ser anterior a su acontecer y su aparecer. Un ser que no necesita del sujeto para adquirir sentido. Para aprehender la realidad, ese absoluto afuera que vive sin nosotros, no hace falta pasear ni caminar. Es mejor abstraerse, dejar que sean las líneas las que paseen por nosotros, tratar de descubrir las formas puras y sus cualidades. Crearle orden a un espacio que es anterior a nuestro sentir y que trasciende todas nuestras

¹ “Kant va a substituir la pareja disyuntiva apariencia/esencia por la pareja conjuntiva de lo que aparece/condiciones de la aparición. Todo es nuevo ahí[...] Ya no hay la esencia detrás de la apariencia, hay el sentido o no-sentido de lo que aparece[...] [E]n relación a esto todos somos kantianos”(Gilles Deleuze)

percepciones. Algo de realismo, sin duda, hay en esta mirada. Pero no de realismo ingenuo, como se empeñaba en repetir la tradición filosófica, sino de un realismo especulativo, según ha acuñado el filósofo más talentoso de los últimos tiempos: Quentin Meillassoux, con quien este texto tiene una gran deuda. En su excelente libro, *Después de la finitud*, se afirma: “[P]arece urgente, en efecto, volver a pensar lo que podemos denominar los presupuestos del sentido crítico: a saber, que la potencia crítica no está necesariamente del lado de aquellos que socavan la validez de las verdades absolutas, sino más bien de aquellos que llegasen a criticar a la vez el dogmatismo ideológico y el fanatismo escéptico. Contra el dogmatismo, importa mantener el rechazo de todo absoluto metafísico; pero contra la violencia argumentada de los fanatismos diversos, importa volver a encontrar en el pensamiento *un poco de absoluto*, el suficiente, en todo caso, para oponerse a las pretensiones de aquellos que se querían sus depositarios exclusivos, por el solo efecto de alguna revelación”. Y ese poco de absoluto, tan necesario al pensamiento y a la sociedad actual, solo lo puede otorgar el abstraccionismo geométrico ya que se atreve a pensar la realidad más allá de nuestros sentidos pero también entiende que esta realidad no tiene un carácter sagrado, ni divino, sino que es profundamente secular. Un absoluto desligado del mundo² y que, por ende, exige un nuevo concepto de humanidad; una humanidad *cyborg*, según la definía Donna Haraway, que se atreve a pensar tanto lo ancestral, lo anterior a la aparición del hombre en la tierra, como una realidad post-humana. Algo de eso sospechaba Apollinaire cuando afirmaba, en otro aforismo: “[l]os artistas son ante todo seres humanos, que quieren

² Desligado del mundo pero no de la tierra, ni del cosmos. No se debe olvidar, como nos recuerda Corominas, que absoluto se deriva del verbo latino *solvere* que significa “desatar”, “soltar”, al igual que absolver, disolver, etc. Lo absoluto, así entendido, se define como lo que desata, lo que desvincula el tándem mundo-sujeto, mundo-conciencia que se encontraba en el fundamento de toda la filosofía a partir de Kant. Lo absoluto, por tanto, es lo contrario de cualquier *religio*. Para esto ver también el libro de Quentin Meillassoux, *Después de la finitud*, citado en el cuerpo del texto.

volverse inhumanos". Solo los (in)humanos se han atrevido a pensar lo que sería el mundo antes y después de ellos. Y solo los artistas geométrico-abstractos se han atrevido a pintarlo.